

fluyentes, que en lo sucesivo mostraron gran habilidad cuando vieron las dificultades reales, desaprobaban estas violencias, estos desórdenes populares. Por su actitud enérgica, consiguieron poner á raya, por el momento, todos los esfuerzos del populacho, que estaba muy alentado por la falta de resistencia. Sin embargo, bien pronto volvió á la extrema violencia por las chocarrerías y las arengas de los aliados radicales, hombres de sangre caliente, de poca capacidad y gran energía, medio patriotas, medio demagogos. Por último, amenazó con dar un asalto al fuerte.

El alcalde y los concejales, para evitar la guerra civil, conjuraron vivamente al gobernador á que les confiase la custodia de los timbres. Esto era altamente humillante para el gobernador; pero ni él, ni el comandante en jefe, general Gage, poseían esa energía de hierro que se necesita para hacer frente á una situación así. Después de alguna demora, cedieron y entregaron los timbres á las autoridades municipales, en tanto que todo el pueblo celebraba su victoria con un ardiente entusiasmo y demostraba un desprecio muy natural contra el gobernador á quien había hecho rendirse.

La tiranía que impone una ley injusta y que después renuncia, por miedo al pueblo, á hacer ejecutar esta ley, es por completo despreciable. La forma menos respetable de opresión es aquella que jamás calcula exactamente sus fuerzas y que nunca es capaz de llevar á cabo sus proyectos.

Sin embargo, el perdón del Acta del timbre produjo en América una satisfacción tan general, que todos los síntomas exteriores de hostilidad á la corona desaparecieron por completo.

New-York recibió un nuevo gobernador, que se

condujo con tanta prudencia y moderación, mostró disposiciones tan conciliadoras, que el partido de la corte recobró toda su fuerza. En la lucha electoral de 1768, consigue una definitiva victoria bajo la dirección de los de Lancey, por estar los Livingstone y el partido popular decididamente en minoría en la Asamblea.

Esta legislatura, escogida en un momento de reacción, estaba reunida en sesión cuando estalló la revolución. Queda sorprendida del impulso popular, quedando, por último, disuelta, y confiando á diversos cuerpos improvisados los primeros trabajos del gobierno revolucionario.

Al júbilo que les produjo la amnistía del Acta del timbre, los ciudadanos elevaron al rey Jorge un monumento que los soldados americanos derribaron en los primeros días de la revolución, lo que les valió una severa amonestación de parte de Washington, que odiaba estas manifestaciones de despecho pueril.

Igualmente durante estos años de lealtad relativa, hubo, no obstante, bastante inquietud y desórdenes. Surgían con frecuencia algaradas con motivo del *Bulleting Act*, es decir, de la medida por la cual el Parlamento británico buscaba el medio de hacer pagar á los colonos el sueldo de las tropas de guarnición entre ellos, y había muchas opiniones en ambos lados, por y contra esta acta. Inglaterra estaba encargada de la defensa común, y era preciso que pusiese sus tropas de guarnición en las ciudades coloniales, pareciendo justo que los colonos pagasen los gastos de esta guarnición. Por otra parte, si los colonos no eran nunca consultados en este punto, y si tenían que pagar por las tropas que se les enviaban en tiempo de paz, cuando ningún enemigo era de temer, se les demostraba cla-

ramente que debían pagar las tropas destinadas á mantenerlos sometidos.

En suma, los colonos tenían sobrada razón en mostrarse poco dispuestos á soportar la presencia de las tropas en tiempo de paz y en condiciones distintas á las ofrecidas, pero perdían todo derecho á sostener que la madre patria no debe contribuir por sí sola á los gastos en tiempo de guerra. Si de dos partidos en lucha, uno conserva el ejército para la defensa común, el otro no debe aguardar á hacerse oír eficazmente, cuando se trata del empleo de este ejército.

Las tropas inglesas de la guarnición sentían una antipatía bien marcada contra la población de la ciudad, para la cual su sola presencia era una causa de irritación. Los soldados, cuando salían de sus alojamientos y quedaban fuera de la vigilancia de sus jefes, entraban continuamente en colisión con el populacho, en el cual los marineros eran numerosos. Las sublevaciones que de aquí resultaban perjudicaban no solamente á los obreros honestos y á los pequeños mercaderes, sino también á los negociantes de la aristocracia.

La causa primordial de las querellas era el árbol de la Libertad. Este árbol fué erigido cuando el aniversario del nacimiento del rey el 6 de Junio de 1766, para celebrar el perdón del Acta del timbre. En ese día había grandes regocijos. Un buey entero era asado en la plaza. Se destapaban innumerables barriles de punch y de cerveza. Había fuegos artificiales, y en medio de las detonaciones del cañón y del ruido de las campanas, se izaba una bandera con esta inscripción: *El Rey, Pitt y la Libertad*, porque los colonos estaban entusiasmados y sentían grandes simpatías por sus

dos grandes defensores en el Parlamento, Pitt y Burke.

El árbol de la Libertad molestaba extraordinariamente á los soldados del fuerte. Uno de sus pasatiempos favoritos era derribarlo ó intentar derribarlo. Muchas veces lo conseguían, generalmente en sus salidas durante la noche. Entonces el árbol era hecho astillas y quemado.

La gente de la ciudad, conducidos por los *Hijos de la Libertad*, acudía siempre en su defensa.

Si llegaban demasiado tarde para salvarle, plantaban otro, y montaban la guardia alrededor. Si llegaban á tiempo para recuperarlo, se entablaba una lucha sangrienta.

Hacia fines de Enero de 1770, grupos de soldados y gentes del pueblo tuvieron verdaderas batallas campales en las calles, y la sedición duró dos días.

El combate comenzó con una sorpresa de la que salieron bien los soldados, que derribaron el árbol una mañana muy temprano. Los habitantes de la ciudad celebraron un mitin de protesta y juraron tomar venganza de los soldados, que les correspondieron fijando pasquines satíricos y burlones sobre los muros del fuerte y de los edificios públicos. Siguió á esto una serie de escaramuzas, en las cuales hubo cabezas rotas, hombres heridos ó muertos á puñaladas. Generalmente, los soldados eran abrumados por el número, pues los obreros y los marinos acudían como enjambres de todos lados para caer sobre los uniformes rojos.

Los combates más recios efectuáronse cuando un grupo de soldados atacó á otro grupo de marinos. Estos fueron socorridos por algunos de los *Hijos de la Libertad*, que jugaban á la pelota en la plaza mayor. Muchas personas fueron gravemente heridas, y en

una lucha cuerpo á cuerpo, un marino recibió dos bayonetazos que le causaron la muerte. Inmediatamente sus camaradas, armados de revenques, rechazaron á los soldados hasta sus mismos alojamientos.

El resultado final fué, que los ciudadanos ganaron la victoria, y que el árbol de la Libertad no fué maltratado nunca más.

Esta fué la primera sangre vertida en la lucha que llegó á su apogeo con la revolución. El hecho ocurrió seis semanas antes de lo que se ha llamado la matanza de Boston, incidente de idéntica naturaleza, en el cual, no obstante, el justo derecho de los americanos quedó establecido de una manera mucho más dudosa que con el combate de New-York.

Y en New-York mismo, los soldados habían sido puestos á prueba por las provocaciones burlescas de los ciudadanos, pero eran culpables de haber derribado el árbol de la Libertad, y los neoyorkinos tenían motivos para no soportar con resignación ultraje de tal índole. La mayor culpa parece imputable á los oficiales de la guarnición, que hubieron debido reprimir á sus hombres, ó, por lo menos, tomar inmediatamente las medidas necesarias para hacer olvidar la falta que habían cometido al derribar el árbol.

Estos desórdenes parecía que no habían producido sino una irritación local. Después del perdón del Acta del timbre, las colonias no fueron poseídas de una común emoción sino cuando el Parlamento votó el acta sobre el te, voto que fué emitido con la intención reconocida y con el solo objeto de tantear el terreno sobre el principio del impuesto, y que solo encontró resistencia en este terreno. Su ejecución fué la señal de una reorganización inmediata de los *Hijos de la Libertad*, de los Mohawks y de otras sociedades análogas.

En Filadelfia, en New-York y en Boston dominaba la misma opinión; era preciso arrojar desde la orilla ó exportar al otro lado de los mares el te importado de Inglaterra. Boston fué la primera ciudad que puso en práctica esta amenaza. New-York imitó su ejemplo en Abril de 1774, época en que los primeros barcos que conducían te hicieron su aparición en el puerto, donde inmediatamente fueron recibidos por una irritada multitud que arrojó al punto el cargamento de uno de ellos, y obligó al otro á hacerse á la mar sin haber desembarcado su carga.

Las medidas de rigor tomadas por el gobernador inglés para castigar á Boston produjeron en New-York la más viva simpatía por los habitantes de Nueva Inglaterra. El partido radical eficaz, sin otra autoridad que la suya, por intermedio de un comité de vigilancia que había nombrado él mismo entró en correspondencia con los partidarios de las medidas extremas de Boston. Esto produjo la inquietud á las personas moderadas, que al momento se pusieron alerta y se encargaron de la dirección del movimiento para no comprometerse nunca en una acción imprudente y precipitada.

En consecuencia, los radicales, altamente disgustados, se apresuraron á desaprobar y repudiar los actos del comité de vigilancia. Pero, por otra parte, ellos no contaban, de ningún modo, con el acto de su legislatura aristocrática. Convocaron entonces un mitin de propietarios, que nombraron con toda la solemnidad necesaria un comité de los Cincuenta y dos, para entenderse con las otras colonias.

El comité estaba formado, en su totalidad, por los moderados; contaba en sus filas gran número de reaccionarios y un corto número de radicales.

Este comité realizaba una obra, cuya importancia es difícil exagerar; porque él fué el primero en llevar adelante, de una manera imperativa, la idea de reunir el primer Congreso continental. Esta proposición fué, según se dice, adoptada por dictamen de John Jay, joven legislador de buena familia hugonote.

Bajo los auspicios del comité, los propietarios escogían cinco delegados en este Congreso; de este número formaron parte el mismo John Jay, y como es natural, un miembro de la familia Livingston.

Los radicales y los ultra-radicales, los *Hijos de la Libertad* y los miembros del antiguo comité de vigilancia, así como el comité de los obreros manuales, cuerpos que se supone representaron las clases no provistas de voto, quedaron muy descontentos de las medidas tomadas por el comité de los Cincuenta y dos.

Con esto, era de temer una ruptura entre los dos bandos del partido patriota. Pero se evitó ésta por mutuas concesiones, y los delegados fueron elegidos sin oposición. Tomaron parte muy activa en los actos del primer Congreso continental, durante su corta sesión, y la colonia siguió, desde entonces, la suerte común de las colonias americanas.

En este mismo momento, el comité de los Cincuenta y dos se disolvió, dejando su puesto á otro, que no difería de él más que por el número, que era de sesenta miembros.

CAPITULO X

LA GUERRA DE LA REVOLUCIÓN (1775 á 1783)

El segundo Congreso continental.—Falta de entusiasmo en frente de la revolución.—Los leales.—Violencias populares.—Clausura de las iglesias episcopales.—La lucha por la independencia.—Supresión de la asamblea colonial.—Washington toma el mando de New-York.—Debilidad de la ciudad.—Operaciones de los ingleses contra New-York.—Los *Hessois*.—Complots de los reaccionarios.—Derrota de los americanos en Long-Island.—Washington desaloja la ciudad.—Derrota en la bahía de Kip.—Combate en las alturas de Harlem.—Batalla de las Llanuras blancas (*White Plains*).—Retirada de Washington en New-Jersey.—Victoria en Trenton.—Terror que inspira la ocupación inglesa.—Grandes incendios.—Ejecución de Nathan Hale.—Horrores de las prisiones.—Impedimento de Washington.—Evacuación de New-York por los ingleses.

El año 1775 fué para la ciudad de New-York una época de gran incertidumbre y de viva ansiedad. Todas las clases estaban unidas para enviar delegados al primer Congreso continental.

Los partidarios más ardientes de la corona y del Parlamento se oponían al Acta del timbre y al Acta sobre el te. Buscaban, al protestar contra éstas, los medios de restablecer la armonía en condiciones satisfactorias entre la madre patria y sus colonias.